

# Peronismo

• José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**111** El fantasma de Rucci  
contra Cristina Fernández



## ¿EXISTE LA “MIRADA OBJETIVA”?

**H**emos llegado a uno de los puntos más álgidos. La utilización de la historia como arma política del presente. Nada es incontaminado ni puro. Nada está fuera de un contexto político. No existe la *objetividad* en nada. Todos los esfuerzos humanos responden a proyectos, por supuesto, humanos. Todo proyecto es el modo en que un ser que no es realidad sino absoluta posibilidad, sed, eyección pura, se impulsa hacia el futuro. No hay una sola mirada sobre el pasado que no esté subordinada al *punto de vista situado* de quien la encarna. Toda mirada es mirada encarnada. He recibido cientos o casi miles de objeciones acerca de mi visión subjetiva del peronismo. ¿Y qué quieren? ¿Una mirada objetiva? ¿Quién podría tenerla? Todos trabajamos desde un punto de vista que *somos*. Porque eso somos: un punto de vista. No hay una verdad objetiva. La interpretación sobre los hechos lleva el nombre de hermenéutica. Y se la tiene por una disciplina muy rigurosa. O al menos debe serlo en un punto: la acumulación de todos los elementos necesarios, de todas las piezas fácticas, desde los que se pueda, finalmente, arriesgar una interpretación. Algunos confunden la hermenéutica con una tarea de acumulación de hechos más que como una tarea de interpretación de los hechos. No hacen hermenéutica. Son los investigadores fríos o temerosos o insinceros que se esconden tras los *hechos objetivos*. Los hechos no hablan por sí mismos. Hay que hacerlos hablar. Y la hermenéutica es eso: hacer hablar a los hechos, interpretándolos. ¿Desde dónde voy a interpretarlos? Desde mi situación subjetiva y objetiva. Más aún si uno ha declarado desde el inicio que su trabajo se cobija bajo la presuntuosidad de la *filosofía política*. Que es la reflexión sobre los hechos objetivos para construir—incluyéndolos en ella— una trama que constituya una *verdad*. Vuelvo, una vez más, a la célebre frase de Nietzsche: *No hay hechos, hay interpretaciones*. ¿Qué fue la muerte de Aramburu? ¿Un ajusticiamiento o un asesinato? El hecho es uno solo: un joven de 23 años hace fuego sobre un general retirado en una localidad de nombre Timote. Pensar ese hecho me llevó a escribir una novela. La novela buscaba responder a esa pregunta: ¿ajusticiamiento o asesinato? Cualquiera sea la respuesta está respondiendo gravísimas cuestiones del presente argentino. Es decir, el hecho está vivo. ¿Quién mató a Rucci? El hecho es uno solo: un sindicalista es acribillado luego de despedirse de su mujer, luego de salir de su casa y en el momento exacto en que se propone abrir la puerta trasera de un Torino colorado. Aquí, la *actualidad* de los hechos quema. La derecha procesista, la derecha destituyente del gobierno de Cristina Fernández, el periodismo beligerante que une a su gobierno con la ideología y la historia de quienes, dicen, cometieron el asesinato del líder sindical, buscan demostrar sin vueltas, irrefutablemente, que ellos, los Montoneros, mataron a Rucci, quieren extender los delitos de lesa humanidad al terreno civil y emprender un juicio a todos los miembros de esa organización que, afirman, integran ese gobierno que detestan. ¿Qué lograrían con eso? El ansiado empate histórico. Incapaces ya de imponer lo que realmente creen: que los militares del '76 salvaron a la patria de las garras del marxismo, incapaces de imponer esa verdad por el repudio internacional a un régimen calificado de genocida en todos los estratos judiciales y de derechos humanos del mundo por la aplicación (en campos de concentración que llegaron a la suma de 340) de una barbarie tan desmedida que llegó a parangonarse con las atrocidades del nacionalsocialismo, buscan ahora una justicia que caiga sobre los integrantes de las organizaciones guerrilleras a las que fácilmente derrotaron y que fueron la excusa para una limpieza ideológica (centrada en obreros, estudiantes, profesionales) y un castigo terrorista a amigos, familiares, esposas, hijos, niños, que no se detuvo ante nada. (Nota: En el libro hiperdocumentado de Martin Edwin Andersen se establece que el ERP, en el monte tucumano, nunca llegó a tener más de setenta combatientes. De setenta a cien. El general Acdel Vilas, al mando del Operativo Independencia, instaló el primer campo de concentración argentino al que llamó “La Escuelita”. Pasaron por ese infierno 1507 personas. Cerca de 500 fueron asesinadas en otros lugares. “Pueblos enteros—hombres, mujeres y niños— en remotas zonas montañosas fueron torturados por los escuadrones de Vilas” (Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto, El mito de la “guerra sucia” en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 166). Vilas fue reemplazado: era un hombre cercano a López Rega, era un *nacionalperonista*; el eclipse del Brujo fue el preludio de su alejamiento. Pero también influyeron sus desbordes que llegaron a inquietar hasta al mismísimo Videla, que lo reemplazó por el humanitario Bussi. Vilas recaló en Bahía Blanca, lugar en el que, con la ayuda de los Massot de *La Nueva Provincia* y los comandos de la Marina, desató una caza de brujas en la Universidad del Sur. Acusó a Lanusse y a quien fuera su ministro de Educación de ser los responsables de algo que llamó la *subversión cultural*. Desde Buenos Aires lo apoyaron la revista *Cabildo*—que publicó una foto de Lanusse abrazándose con Salvador Allende y un artículo de Vilas sobre la lucha contra la subversión cultural— y la revista *Gente*, que

sacó en tapa varios libros claramente visibles aunque desordenados, como arrojados al azar, bajo el título de *Los libros de la subversión*. Si sus autores no habían huido ya del país eran fácil botín de los grupos de tareas. Bastaba haber puesto un libro incómodo en la bibliografía de su materia para que un profesor fuese secuestrado. Un libro incómodo tal vez fuera alguno de los que enumera Alvarito Vargas Llosa como lectura generacional del *Pequeño idiota latinoamericano*. El, que es un gigantesco tarado neoliberal, jamás fue molestado por un general del estilo Vilas. Ni lo será. De todos modos, antes que ser Alvarito Vargas Llosa, todo hombre ético y lúcido preferiría morir. Aun a manos de “El Familiar”, nombre que se le daba al Diablo en el campo tucumano y que se le dio a Vilas no bien empezó a actuar. “El Familiar” hizo su tarea bajo la inspiración de la doctrina francesa de la tortura contrainsurgente—él mismo lo aclara en detalle en algunos escritos que analizaremos al llegar al Operativo Independencia—, de la cual era un sesudo erudito y un demoníaco ejecutor. En suma, para liquidar a setenta o cien combatientes del ERP—quienes, *con eso*, creían inaugurar el Vietnam argentino— los comandos de Vilas mataron a 500 personas en el monte y secuestraron e hicieron desaparecer a 2 mil. (Ver: Feinmann, *La crítica de las armas*, capítulo XII. En 2010 posiblemente Norma Editorial reedite esta novela sobre la cotidianidad de la dictadura argentina, sobre el pueblo y su apoyo o su terror o su ignorancia o su complicidad. El capítulo XII se ocupa de la situación en Tucumán.)

## EL MACARTISMO DE RUCCI

Pero nada de esto preocupa ni conmueve a quienes impulsan la teoría del empate o de eso que llaman “justicia para todos”. Tienen dos objetivos: 1) demostrar que los Montoneros mataron a Rucci; 2) trasladar la aplicación de los delitos de lesa humanidad al campo civil. O sea, que no pertenezcan sólo al campo estatal. Los delitos de lesa humanidad no prescriben. De aquí que se pueda juzgar a los militares del genocidio argentino hasta el fin de los tiempos. Pero los delitos civiles prescriben. En este aspecto, la Justicia—que opera para proteger a la civilidad de las atrocidades de los Estados— considera que los delitos cometidos al amparo del *Leviatán* son más graves que los provenientes de la sociedad civil. El *Leviatán* debe juzgar—dentro de la legalidad— a los delitos de la esfera civil. Cuando, en lugar de juzgarlos, atropella, veja, tortura o mata sin juicio alguno a los ciudadanos que atrapa, es culpable. Quien debe aplicar la justicia es quien menos autorizado está para violarla. Para que la justicia del *Leviatán* no se desvíe y se aplique tal como lo establece el rigor de la ley se han creado las organizaciones de derechos humanos.

La derecha procesista tiene dos objetivos: demostrar que los montos mataron a Rucci y conseguir que los delitos de lesa humanidad se apliquen también a los civiles. Para el primero ha encontrado su libro y eso lo ha transformado en un best-seller cuya editorial promociona diciendo que ha vendido 100 mil ejemplares. El objetivo de toda la maniobra es arrojar sobre los presuntos montoneros del gobierno de Cristina Fernández y llevarlos a juicio por criminales. Suponen que el Gobierno quedaría devastado (se equivocan). O, al menos, que demostrarían a la civilidad que se está en presencia de un gobierno de delincuentes terroristas, tarea que ya ha sido cumplida por la obstinación de los medios que la vienen repitiendo desde hace años. Un quiosquero me dijo: “Yo prefiero votar al narcotraficante antes que a la pareja montonera”. Había evaluado entre dos males insalvables y su conclusión encontraba al tráfico ilegal de drogas—con sus terribles consecuencias— menos grave que el supuesto pasado (largamente pasado: 30 o 35 años, por ahí) de la llamada “pareja presidencial”. Como decía Nicolás Casullo: la derecha se apropió del sentido común. Es cierto, pero pienso que hay algo más fuerte aún: *la derecha, a través de la potencia de la penetración mediática, creó el sentido común*.

El esquema de la instrumentación de la muerte de Rucci contra Cristina Fernández se expresa así: ¿*Quiénes mataron a Rucci? Los Montoneros*. ¿*Quiénes están en el Gobierno? Los Montoneros*. En el tape de un notable programa en que Felipe Pigna reportó a Mario Eduardo Firmenich se ven distintos momentos de la vida de Rucci que los noticieros de la época captaron. En uno de ellos, el Petiso dice: “Si Tosco quiere hacer un sindicalismo comunista, ¡que se vaya a Rusia!”. Es fácil comprender que esta joya—algo transitada— del macartismo no puede ser enunciada con calma, serenidad. Es un grito de guerra. Una provocación. Un lenguaje de barricada, vulgar, de guerra sucia, que se enuncia gritándolo o a voz muy alta, desafiando. Como si se gritara una verdad que debe llegar a los confines del país. Como a mí no me gustan los macartistas (tampoco los “comisarios políticos”) sino el cruce ideológico-político entre adversarios que al menos se respeten e intenten dialogar, siempre que lo veo a Rucci, con los bigotes, el jopo crecido para ganar altura, el cigarrillo con boquilla y sus aires de compadrito, decir esas guasadas que luego y siempre fueron la antesala del infierno para muchos (cuando *El Caudillo* decía “El mejor enemigo es el enemigo muerto”

estaba, en verdad, diciendo “El mejor zurdo es el zurdo muerto”), la cosa se me vuelve muy desagradable. Uno comprendía que Rucci le era funcional a Perón y que su muerte era un desastre para la democracia argentina, pero no ignoraba quién era Rucci. Bastaba oírlo hablar. Conocer sus “ideas”. Hay un reportaje que le hace la revista lopezreguista *Las Bases* en el que no deja nada por decir: “Existen (dice atacando frontalmente a la Jotapé) quienes muy interesadamente no retacean ‘elogios’ a la juventud en la intención de colocarla como una cosa distinta al resto de la comunidad, y eso es un juego muy peligroso” (citado por Germán Ferrari en su ob. cit., p. 278). El reportaje es del 16 de mayo de 1972. O sea, el que en esa fecha se metía más que nadie en ese “juego muy peligroso” era el propio Perón. Pero Rucci jamás habría admitido que se refería a él. Perón era Perón y sabía bien todo lo que hacía; que, además, en sus manos se volvía seguro y necesario, pero en otras no. Esta era la advertencia del gremialista). Rucci dirige ahora su palabra—que asume el talante de la sabiduría— a los propios jóvenes: “Yo les diría a los hombres y mujeres de esta generación que hay que tener cuidado con las diabólicas instrumentaciones de quienes pretenden hacerles creer que el trasvasamiento generacional implica trasvasamiento ideológico” (Ferrari, *ibid.*, p. 278). Y termina apelando a la “defensa de esos principios que nos legaron nuestros mayores y que se sintetizan en nuestra enseña patria: la bandera azul y blanca” (Ferrari, *ibid.*, p. 278). Una frase que perfectamente pudieron haber pronunciado el almirante Rojas, el cardenal Caggiano o el general Jorge Rafael Videla. Durante esa temporalidad precisa (mayo de 1972), Perón jamás habría dicho eso. Lo dijo después. Cuando tuvo que barrer a los *zurdos*. Pero en tanto requirió de ellos hasta les sugirió (o más que eso) que no habría principio eterno, pues todos serían cuestionados por la *actualización doctrinaria*, que para eso estaba: los jóvenes necesitaban nuevos cuadros (trasvasamiento) e ideas acordes con ese lugar hacia el que el mundo marchaba (el socialismo). Cuando—durante su primer regreso— se entrevistó con el padre Mugica en Gaspar Campos (luego de haber ido a buscarlo inesperadamente a la Villa Retiro y no dar con él) le dijo muy tranquilo la frase que marcaba el espíritu de esa época: *El mundo marcha al socialismo*. No para José Ignacio Rucci. Para este fidedigno intérprete peronista de sus bases, los que hablaban de socialismo incurrían en *diabólicas instrumentaciones* que consistían en desplazar el trasvasamiento generacional al ideológico. Este macartismo de Rucci redondea la imagen del *mártir de la guerrilla apátrida* que sus instrumentadores de hoy necesitan.

## LOS '70, ¿MANANTIAL DE LOS SUEÑOS?

Tal vez resulte fascinante ir delineando los distintos personajes que se dan cita alrededor de ciertas operaciones políticas en la Argentina. Si Rucci fue asesinado por los Montoneros (la *guerrilla apátrida* para la ratio procesista) y esa gente está en el Gobierno, hay que juzgarlos a toda costa. Para ello hay que lograr que los delitos de lesa humanidad se extiendan al campo civil. “Patti fue uno de los primeros políticos en reclamar que el concepto de crimen de lesa humanidad fuera trasladado a las acciones de la guerrilla, al pedir que la Corte Suprema se expresara en tal sentido sobre las muertes de Rucci y Larrabure” (Ferrari, ob. cit., p. 281). Revistas de derecha proclaman que hoy sus asesinatos “enseñan” derechos humanos y democracia *desde el poder* (Ferrari, ob. cit., p. 281). Dejaremos de lado por el momento el tema del poder: ¿dónde está el poder en la Argentina? ¿En los gobiernos (que, en general, han sido barridos siempre que el establishment se lo propuso) o en otra parte? Recordemos solamente que unas cuantas movidas de mercado acabaron con “el padre de la democracia”. A su muerte, lo lloraron todos. Hasta los que lo tiraron. Buscaban instrumentarlo para tirar a otro gobierno. Llegar al gobierno no es llegar *al* ni tener *el* poder. Cualquiera lo sabe. Si no conviene decirlo, no se dice. La segunda parte de la *Operación Traviata* no lo dice.

Creo que interesará que aclare por qué llamo a todo este movimiento que se dio alrededor de la figura de Rucci a partir de la aparición del libro de Ceferino Reato *Operación Traviata (2ª parte)*. La primera la conocemos bien. La segunda es muy distinta. Busca utilizar el asesinato de Rucci para juzgar a los montoneros que tienen puestos en el gobierno de Cristina Fernández. Los tuvieron en el de Menem y en el de Duhalde. No importó. Un proyecto de la derecha argentina (impudicamente expresado en esa conversación televisiva entre Grondona y Biolcati, el de la Sociedad Rural) es que Cristina Fernández no llegue a 2011. Ese proyecto se vio deteriorado a partir de una enérgica y sorpresiva apropiación de la iniciativa política luego de la derrota electoral del 28 de junio. Que, en su espíritu victorioso, no advirtió o no pudo hacerlo “la oposición” que el margen del triunfo resultó muy estrecho. Se habían anunciado fraudes catastróficos antes de esas elecciones. Se proponían medidas de todo tipo para impedirlos, para que prevaleciera el “espíritu republicano” y el “respeto por las instituciones”, de los cuales “la oposición” se sintió celosa custodia no bien terminó una dilatada “luna

de miel” entre el gobierno de Kirchner y la sociedad. Que fue en 2005, por ahí. El diálogo abiertamente golpista entre Biolcati y Grondona había sido anterior a las elecciones del 28 de junio. Luego de ellas, el kirchnerismo despliega una iniciativa política que a los seis meses de los comicios le entrega una imagen de ganador que los votos no le habían otorgado, aunque escasamente. De haber existido algún pequeño atisbo de fraude habrían ganado. Por eso la oposición no “controló” nada. Por eso muchos viejos zorros de la política putearon al ministro del Interior, Aníbal Fernández, por no haber “agregado” 400 mil votos en la provincia de Buenos Aires, por ejemplo. El argumento –pragmático y altamente conocido por el conservadurismo argentino– se expresa diciendo: “Ningún gobierno –que por algo tiene el aparato del Estado– pierde una elección por dos puntos”. Tal vez excesivo o tal vez ejemplar en su conducta, el ministro del Interior de Cristina Fernández reconoció la derrota. Sin embargo, desde las entrañas del Gobierno, un político tenaz, duro, muy duro de doblegar, lanzó la consigna: “¡Vamos por todo!”. Recuperaron la iniciativa política. Esto abre el espacio para ataques alevos como la *Operación Traviata* (2ª parte). Aquí, Rucci no va a morir. Mal podría hacerlo: morir, murió. Este es un hecho que nadie hasta ahora ha podido modificar. Pero se lo puede resucitar simbólicamente. Sería así: Rucci, gremialista y obrero ejemplar, argentino, peronista y católico, ha sido asesinado por la organización Montoneros. Hombres de esa organización (y no pocos) ocupan el gobierno de Cristina Fernández. Ergo, es este gobierno el que lo ha ultimado. Ceferino Reato escribe sobre Kirchner y la década del '70: “Una época que el gobierno del presidente Néstor Kirchner elevó a una suerte de manantial de los sueños, voluntades y objetivos que, supuestamente, han animado a sus políticas y las de su esposa, Cristina, para moldear la realidad del presente” (Reato, ob. cit., p. 11). Luego, el autor lleva a cabo un ejercicio nada inocente: cada montonero que nombra y tiene, hoy, algún cargo en el gobierno de Cristina o lo tuvo en el de Kirchner, no pierde la ocasión de señalarlo. “Fulano está de subjefe del secretario de Salud”, por ejemplo. Es posible: conocí a algunos de esos terribles montoneros de hoy. Van a las villas de emergencia a realizar programas de vacunación. Cuando llegan, lo primero que encuentran es a los duros del lugar. Los dueños. Andan con cadenas y con fierros de mediano calibre. Los viejos montos –como han sido bravos también– se les acercan sin miedo y les dicen que sólo vienen a vacunar a los habitantes de la villa. Los médicos, entretanto, esperan. El diálogo se pone tenso. Pero se distiende. Al fin, los viejos montos les hacen una seña a los médicos y a las enfermeras, y entran en la villa. Vacunan a todos. Dan consejos de higiene, dejan medicamentos y se van. Cuando lo hacen, ya son amigos de los duros que cuidan el lugar. “Vuelvan cuando quieran”, les dicen, incluso.

### ¿SON DE “LESA HUMANIDAD” LOS DELITOS COMETIDOS POR GRUPOS CIVILES?

A propósito de la mención que hice de su libro, Ceferino Reato me envió un amable mail. Le contesté y luego él me escribió otro, con el que voy a cerrar ese intercambio para dejarle la palabra final. (Nota: Espero, Reato, que no te sientas traicionado. Transcribí muchos mails en esta obra y no creo que nada de lo que me propongo publicar te perjudique. Son tus ideas y las mías. Es un diálogo. Creo, incluso, que se te nota más ecuánime a vos que a mí, ya que a veces me caliento demasiado y me excedo. No creo que haya ocurrido esta vez. Pero –como se verá– el tono de Reato es más mesurado que el mío.)

Veamos su primer mail. Su fecha: 2/12/2009.

Estimado Sr.,

Soy Ceferino Reato, autor de *Operación Traviata*. Germán Ferrari me dio su e-mail.

Le agradezco su mención de mi libro el domingo pasado en **Página12**; soy lector de sus escritos desde hace mucho: recuerdo que el primer libro suyo que leí fue *El peronismo y la primacía de lo político*, material de lectura de una cátedra de Filosofía Política en la Universidad del Salvador.

Quería decirle también que en sus textos de los domingos en **Página12** sobre el peronismo siempre encuentro material informativo y para la reflexión.

Saludos cordiales. CR.

Al día siguiente respondí su mail, que me pareció un poco formal, algo ceremonioso y muy amable. El texto de un caballero.

La siguiente fue mi respuesta:

Estimado Ceferino:

Mirá, vamos a tutearnos. Porque yo tuteo a todo el mundo. Un poco como los pendejos de hoy. No porque la juegue de pendejejo sino porque así me sale. Vos decime como quieras. Pero me encantaría que me tutearas. Además es posible que pronto hagas algo más que eso: mandarme a la puta que me parió, por ejemplo.

Tu libro está bien y la mención que hice es parcial porque todavía no lo encaré en serio. Mondadori envió una notificación acerca del monto de ejemplares vendidos: 100 mil. Como quieran. Puede ser. En **Página** vamos empezar a decir que vendemos 235 mil por tirada. Pero eso no importa.

A mí me disgustó que tu libro fuera precedido por una frase de Morales Solá. No es un *Prólogo*. No se sabe qué es. Tampoco es una faja. Es algo novedoso. Está en la tapa del libro. Como un sello. Eso, como un sello: “Este libro viene avalado por Morales Solá”. Eso condiciona gravemente la lectura de tu obra. Todos sabemos quién es Morales Solá. Y tampoco sabemos quién realmente es. A qué intereses sirve. Va mucho más allá de *La Nación*. El hombre ha logrado una trascendencia que pocos periodistas han tenido. Es el abanderado de una causa: “¡Echemos a los Montoneros del poder!”. Creo que Morales Solá está enfermo de odio. Que ya no puede razonar bien. Que tiene una neurosis obsesivo-compulsiva con “los K”. Que es el menos objetivo de los periodistas. ¿Cómo aceptás que ese personaje tan cosificado, que tan públicamente encarna una y sólo una posición le ponga el sello a tu libro? Antes de abrirlo uno ya sabe los intereses que ese libro viene a fortalecer.

Siempre estará la frase notable que escribiste sobre los dos demonios: que no hay dos demonios. Que nada puede parangonarse a lo que los militares hicieron. O sea, ¿para qué buscan un “empate”? No hay empate posible. Larrabure y la hija de apenas tres años del capitán Humberto Viola y Rucci o los muertos en el demencial ataque a la guarnición de Azul no alcanzan para empatar nada. Además, ¿no les da vergüenza a estos personajes seguir jugando al juego de las cifras? Pronto la guerrilla habrá matado 5 mil y el Ejército 8 mil, como dice Díaz Bessone. Ahí estaríamos cerca del empate. (Nota: ¡Ese juego macabro de las cifras! Recuerdo, una vez más, la famosa frase de Tzvetan Todorov: “Un muerto es una tristeza; un millón de muertos, una información”, *Frente al límite*, Siglo XXI, México, 1993, p. 189. Preferiría usar el concepto de *estadística*. Es la estadística la que mata otra vez a

los que ya murieron. La estadística es una acumulación. Procede numéricamente. Consigue el efecto contrario al que debemos desear: que cada muerte sea sentida como única. No, la estadística las equipara a todas, las unifica, hace de ellas una cosa: un número. Y cuanto más alto es ese número, más nos alejamos de la muerte única, intransferible, que cada uno tuvo que sufrir. De todos modos, tengo una certeza: si alguien se empeña en demostrar que los muertos de Auschwitz no fueron 6 millones sino –por ejemplo– 4 millones, desconfíen: en algún punto le disgusta que se carguen tantos muertos sobre el nazismo. Porque –en algún punto– su desdén por los nazis no es tal. Es la presión de la historia y del inocultable horror lo que lo obliga a ser cauteloso y reconocer “sólo 4 millones”. Lo mismo entre nosotros: ahí donde encuentren a alguien que se empeña en decir que la Conadep reconoce “sólo” 9800 o que en Europa se habla de “sólo” 10 mil, no lo duden: su intento es disminuir la responsabilidad de los militares. Su próximo paso será aumentar las víctimas de la guerrilla. Si tomamos, por ejemplo, a Menem –que habla de 1500 a 2000 muertos por la guerrilla– y lo ponemos en complicidad con Díaz Bessone, que habla de “sólo” 7 mil víctimas de la represión, ya casi está el empate: ¿qué son, después de todo, 5 mil muertos de diferencia? Fue un empate. Un descuido apenas y la “guerra sucia” la ganaban los grupos civiles. A este absurdo se puede llegar por la manipulación de las cifras y la inescrupulosidad de ciertos personajes. *Esta “nota” no figuró en el cruce de mails con Reato.*)

Tu libro cae dentro de un esquema de deterioro institucional: este gobierno, al estar lleno de Montoneros, está lleno de odio. Kirchner “aprieta” como los Montoneros “apretaron a Perón” con el cadáver de Rucci, hay que lograr llevar las penas por lesa humanidad a los civiles y juzgar a los guerrilleros que hay en el Gobierno, ante todo. Si lees mi suplemento, verás que yo les tengo una enorme bronca a los montos y que esa bronca viene de lejos, de los setenta. De modo que mal podría yo defenderlos. Pero nadie merece morir como murieron las víctimas de la dictadura. Además, los montos fueron una excusa. Estaban derrotados –a lo sumo– a mediados de 1976. El resto fue una matanza lisa y llana de todos los elementos de la sociedad ubicados del centro a la izquierda.

A nadie escapa que en tu libro cada vez que agarrás a un montonero del pasado que hoy cumple alguna función en el gobierno de “los K” lo resaltás con placer. ¿En serio creés que “los aprietes” de K pueden parangonarse a los de los montos por medio de Rucci? Ceferino, estimado: la diferencia entre uno y otro apriete es la Muerte, nada menos. ¿A quién le tiró K un cadáver para negociar mejor? ¿Y los aprietes gangsteriles de los ruralistas? ¿Cortar las rutas, desabastecer la Capital, amenazar con venir con los camiones y los tractores y las armas que usan normalmente a diario, todo eso no es un apriete?

Ahora, ahí estás: otra pieza en el engranaje del poder mediático, de los periodistas radiales, de los televisivos, o de los que producen libros–cacerola. No es “tu” libro el que vendió 100 mil ejemplares. Es el proyecto de llevar montoneros a la Justicia por delitos de lesa humanidad y conseguir el

empate y demostrar que el gobierno de “los K” está lleno de montos. A ver si la entienden bien: aunque el sorprendente Moreno Ocampo diga lo contrario (¿qué le habrá pasado allá, en las alturas?) una cosa son los delitos cometidos desde el Estado y otra son los delitos cometidos por la civilidad. Los “derechos humanos” se han hecho para defender a los ciudadanos de los excesos y de las arbitrariedades del *Leviatán*. Los “derechos humanos” no son para quienes actuaron desde el Estado. El Derecho tuvo –a lo largo de los tiempos– la piedad de proteger a los ciudadanos de los horrores de los Estados, que tienen todo el poder. De aquí que no tenga sentido hablar de los “derechos humanos” de un policía como busca chantajear la derecha que quiere siempre matar o vengarse. Un policía es un engranaje del Estado. Es el Estado esté donde esté. El Estado no tiene derechos humanos. Tiene nada menos que la Justicia. El deber de impartir Justicia. Como habitualmente no lo hace y lo que imparte es la persecución, el autoritarismo, el secuestro y la tortura, nacieron los “derechos humanos”. Para defender –insisto– a las víctimas de las iras del



Estado. Para que el Estado no se crea tan impune. El Estado tiene que saber que –aunque la Justicia es uno de sus estamentos– hay una Justicia también para él. El Estado no sólo juzga, puede y debe ser juzgado si avasalla a los individuos. Sus delitos son más graves. Porque si el Estado delinque, no hay sociedad posible. De aquí que no proscriban sus delitos. De aquí que se los considere de lesa humanidad. Hay, entonces, que diferenciar los derechos civiles. Que debe juzgarlos el Estado. El horror de la dictadura es que el Estado argentino no juzgó a nadie, como era su deber. Hizo desaparecer a los seres humanos que secuestró. Esto aniquila la mismísima idea de civilización, de juridicidad. Su castigo no puede tener parangón alguno. De aquí que los delitos civiles no sean de “lesa humanidad”. Sólo lo son los que surgen de la esfera del Estado. Por decirlo todo: el Estado no puede ni debe delinquir. Debe impartir justicia. Debe hacerlo a la clara luz de la juridicidad. Debe completar esta tarea con una estructura carcelaria que sirva para la recuperación de los detenidos y no para su castigo. Así lo ha pensado lo mejor del pensamiento burgués. No quiero abrumarte con citas de Hobbes. Pero es así. Esta no es legislación “subversiva”. Es lo mejor que la sociedad burguesa ha llegado a ofrecer a sus ciudadanos. Protegerlos de una entidad necesaria –a la que todos se someten, en la que todos delegan su libertad en un acto de inicial desprendimiento para salir de la “guerra de todos contra todos”–, protegerlos del *Leviatán* y de sus iras absolutistas, desmesuradas. Porque nunca un grupo civil tendrá el poder ni la posibilidad de incurrir en arbitrariedades que tiene un Estado.

Espero haber contribuido en algo a aclarar ciertas importantes cuestiones. No creo que los que impulsan tu libro ni la mayoría de los que lo compran buscando el motivo del “empate” las ignoren. Sólo fingen hacerlo. Porque anteponen la mezquina lucha política a todo. Muy especialmente a la ética, a la más elemental decencia que se requiere para vivir en una sociedad.

Abrite de esa gente, Ceferino. No seas uno más de los que odian y de los que –por odiar– mienten.

Con un afectuoso abrazo.

JPF

El mismo día 3, Reato entregó su respuesta. También –como el anterior–, el texto de un caballero.

Estimado José Pablo:

Mondadori se equivocó: debería haber puesto “más de 50 mil ejemplares”. Supongo que corregirán esa información este fin de semana.

Yo ya estoy abierto de quienes tienen odios, de un lado y del otro. Siempre lo estuve. Yo no tengo odios, pero tal vez sólo por una cuestión de edad: en los '60 y '70 era muy chico y vivía en el Entre Ríos profundo, en otro mundo. Mi familia es pequeña y no tengo amigos ni parientes que hayan sido víctimas de la violencia política.

Entonces ningún odio me guía; sólo el convencimiento de que no puede haber temas tabúes para un periodista, que sobre todo se puede escribir, siempre que se haga con honestidad y con un cierto rigor.

Después, cuando uno escribe un libro, ese libro deja de pertenecer un poco al autor; cada lector hace una interpretación.

Pero yo ya he aclarado, como bien destacaste el domingo, que no creo en la teoría de los dos demonios, y lo digo cada vez que me lo preguntan y cada vez que veo que mis eventuales interlocutores se saltean ese párrafo.

Pese a todo, soy muy optimista sobre el país y sobre nosotros, los argentinos. Y creo que escribiendo y hablando de estos temas es la mejor manera de liberarnos de los fantasmas del pasado; siento que tenemos que hacerlo porque esos fantasmas nos impiden dedicarnos a lo que considero más importante: hacer una Argentina grande, en la que todos tengamos un lugar. Yo creo en eso.

Muchas gracias por tu contestación. Un abrazo. CR.

### UNA NOTA INFAME

A la altura de estas líneas alguien me hace llegar una nota de Reato que apareció en el diario *Perfil*

el 19/12/2009. Es decir, 16 días después del mail que acabo de transcribir. Nadie me había dicho nada. No parece haber sido muy leída. Por mí, difícil. Leo poco los diarios. *Editor jefe*, nada menos que ese puesto tiene Ceferino en *Perfil*. Sospecho que no me quieren mucho por ahí. Salvo Magdalena, que es una verdadera señora y con quien trabajamos una amable relación a raíz de una nota que me hizo sobre mi novela *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*. La nota salió en el suplemento cultural de *Perfil* con excelente despliegue y la mejor onda. La llamé a Magdalena y le agradecí el buen trabajo y el buen momento que habíamos compartido. A ella le había gustado mucho la novela. Suele ocurrirme eso. Hay personas que no están de acuerdo conmigo, pero respetan mi ya largo trabajo en el campo de la literatura o la filosofía. Jorge Fernández Díaz, por ejemplo: hace años que somos amigos y cada uno respeta lo que hace el otro más allá de algunas seguras broncas políticas. Pero, ante todo, es una relación literaria. Como dice Jorge: cuando nos conocimos, él tenía pelo y yo era flaco. Hasta cometió la locura de dedicarme su primera novela, que no publicó. Pero no fue por la dedicatoria, me dijo y le creo. Siempre respeto a Santiago Kovadloff –por ejemplo– y sé que estamos en veredas distintas. Pero hace años, cuando él se fue del alfonsinismo por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, dijo en *HumoR*, donde los dos colaborábamos, que me había tenido en cuenta para esa decisión: yo me había ido del peronismo no hacía mucho, junto a otros compañeros, y el texto que escribimos como renuncia puede leerse en el notable libro de Nicolás Casullo: *Peronismo, militancia y crítica (1973-2008)*, Colihue, Buenos Aires, 2008, p. 221: *Por qué nos vamos*. Pero se trata, creo, de otra clase de gente. Durante los últimos tiempos me dicen: “Che, Fulano sacó un artículo donde te trata mal, pero mal, eh”. O también: “¿No leíste el libro de Menganito? Contestale. No puede ser. Dicen cualquier cosa”. No le nada ni contesto nada apenas me dicen los nombres. Pero lo de Reato me sorprendió porque veníamos dialogando bien. El –según lo dije repetidamente–, con el tono de un caballero. Pero no. Además, esta vez leí la nota. ¿Así serán todas? No voy a gastar muchas palabras en esto. Pero lo que Ceferino escribió en *Perfil* es una infamia. Mirá, Ceferino: yo no tengo ningún jefe, ni dependo de ningún político. Y no por alguna sagacidad mentirosa. Soy un intelectual y un escritor *absolutamente* libre. Ni siquiera estoy en Carta Abierta y eso que a veces –por Horacio González– siento que debería estar. Pero no es mi método de trabajo, que consiste en meterme en mi escritorio y escribir o leer o pensar toda la noche hasta las 6 o 7 de la mañana. En cuanto al “botín” con el que decís me estoy alzando (¿no te da vergüenza mentir así, acudir a un recurso tan deleznable?), te aseguro que cualquiera de ustedes es millonario al lado mío. Ya que sos tan investigador, enterate de mi patrimonio. Date el gusto: investigá. Tengo medio departamento de un ambiente. Vivo en el de mi mujer desde hace treinta años y no llega a los cien metros cuadrados. Mis amigos –medio en broma– me dicen: “Dale, comprate un ladrillo por lo menos”. No tengo con qué, ni tengo tiempo de buscar siquiera un ladrillo (además, vivo rodeado de ellos). Te doy un consejo: no andes por ahí diciendo que yo soy un chorro. Se te van a reír en la jeta. Es mucha la gente que me conoce o conoce a mi mujer, que si yo me mando una trastada, me mata. O me deja. Que, para mí, es lo mismo. Pero no me lamento. Soy rico: vivo de lo que quiero y hay muchos que –de acuerdo o no conmigo– me respetan. Si doy un curso de filosofía vienen casi siempre más de 400 alumnos. Mirá vos, me dicen que te haga un juicio. ¿Para qué? ¿Quién te va a creer? Lástima: pensé que eras otra clase de tipo. Pero son así: se fríen en su propia grasa, decía Enrique Pezzoni, hace años y de otros seres semejantes. Agrego: van a morir envenenados por su propio veneno. Y se acabó.

### DONDE VIVE RUCCI SEGUN BARCELONA

Lo que se busca con Rucci es –dicen los que se nuclean alrededor de figuras como Cecilia Pando– restablecer la memoria argentina. A la

que califican de *hemipléjica*, ya que recuerda algunas cosas, otras no. Habría olvidado “los asesinatos de la organización Montoneros”, como afirma Morales Solá en la tapa del libro de Reato. Y dice aún más: dice que ésa es una modalidad de los tiempos; de los presentes, claro. Que es impolítico –propone– hablar de esos crímenes, de aquí que el de Reato sea un libro tan recomendable. Leamos a Germán Ferrari, que desarrolla con gran precisión este tema: “Los intentos de reivindicación de la figura de Rucci obedecieron a intereses variados, aunque, en su mayoría, estaban enfocados a desprestigiar la validez de los juicios a ex militares y civiles vinculados a la última dictadura y a demonizar a la guerrilla, en este caso a Montoneros. Como parte de esta tendencia, diversos sectores del peronismo confluyeron en un proyecto de ley para instituir el 25 de septiembre como ‘Día de los Mártires del Movimiento Obrero’. Los firmantes de la iniciativa, presentada en septiembre de 2004, fueron los diputados Saúl Ubaldini, Jorge Casanovas y Nélide Beatriz Morales” (Ferrari, ob. cit., p. 285). (*Nota*: Ubaldini es ese sindicalista que le hizo la vida imposible a Alfonsín porque pagaba la deuda externa y no dijo una sola palabra, ni una, cuando Menem remató el país. ¿Rarezas del patriotismo argentino? ¿Lealtades inquebrantables de los sindicalistas peronistas cuando presidentes de su partido gobiernan el país y suelen ser generosos con eso que Perón llamaba la *columna vertebral* del movimiento? Váyase a saber. Pero Ubaldini, bajo Menem, ni mu.) Sin embargo, Rucci no daba como luchador y mártir del movimiento obrero. Había creado a los temibles *verdes* (la *Juventud Sindical*, hombres de balazo fácil, cadenas y violencia a flor de piel: grandes caza-zurdos) y era bravucón, pendenciero, demasiado macarto: veía *troskolenistas* por todas partes. De aquí su segura participación en los hechos de Ezeiza, tan enarbolada por los Montoneros como justificación del “fuimos nosotros” que dejaron caer sobre toda la Jotapé. (*Troskolenista* fue una palabra que puso otra vez de moda el calmo doctor Abel Posse, un ministro de Educación que nombró Mauricio Macri en 2009 y que tuvo que renunciar y huir corrido por profesores, maestros, estudiantes y hasta por Charly García y todos los suyos.) De modo que muchos diputados dijeron: Rucci, no. Por ejemplo: Claudio Lozano propuso (como día de los “luchadores y mártires del movimiento obrero”) el 23 de agosto de 1963, día en que desapareció Felipe Vallese, siempre asumido por la militancia como un héroe, un verdadero mártir de la lucha contra el régimen. Nilda Garré adhirió a la propuesta de Lozano: “El nombre de Felipe Vallese, una víctima muy temprana del terrorismo de Estado en la Argentina, es simbólico y tiene mucha significación y hondura” (Ferrari, ob. cit., p. 287). Por fin, la impiadosa revista *Barcelona* le hizo un homenaje aplastante, irrefutable y final al hombrerito nervioso e hiperactivo de las patillas y el jopo en ristre. Como otras tantas buenas ideas que ha desplegado, lo puso en su *contratapa*. Ahí se veía la cara de Rucci recortada contra un fondo celeste y blanco, bien patriota, bien argentino. Con grandes letras escribieron: *Rucci vive*. Y, en letras más chicas, siguieron así: “En la vida y en la obra de Hugo Moyano, Armando Cavalieri, José Pedraza, Luis Barrionuevo, Pablo Moyano, José Luis Lingeri, Antonio Caló, Facundo Moyano, Gerardo Martínez, Andrés Rodríguez, Omar Viviani, Susana Rueda, Dante Camaño, Gerónimo Venegas, José Rodríguez, Jorge Triaca, Carlos West Ocampo y en todos los honestos y entrañables representantes del Movimiento Obrero Organizado” (*Barcelona*, N° 145, 10 de octubre de 2008). (Citado por Ferrari en ob. cit., p. 294.) Caramba, estos muchachos no respetan nada. Así, ¿a dónde iremos a parar? ¿No tendría algo de razón ese señor Posse? Para mí que Pablo Marchetti usa arito. Me juego.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann – Germán Ferrari

## PRÓXIMO DOMINGO

El “Documento reservado”: se viene la Triple A